

biarlas por sí y ante sí. Cuando los libros llegaron á Porto-Ferrajo, fué tan ardiente la cólera del Emperador, que llamó á los soldados del cuerpo de guardia para que, á bayonetazos, agujereasen el cuero (1).

¿Y lo que en voz baja se decía acerca de sus horribles pesadillas nocturnas? Una de Noviembre entró el mameluco en el dormitorio imperial de los Molinos para alimentar la lámpara, que estaba encendida toda la noche. El Emperador despertó sobresaltado, y tomándole por ladrón ó asesino le descerrajó un pistoletazo, que le dejó en el sitio (2). A todas partes llevaba consigo las tres camas de hierro, en busca de un descanso que no lograba, porque el buitre del remordimiento le roía el corazón. La sangre derramada por «Atila» afluía en caudal á su alrededor, y durante la noche le miraban socarronamente las huecas órbitas de los cráneos sobre cuyo montón asentara su trono «el moderno Tamerlán». Por esto le horrorizaba el color negro, símbolo de la noche. ¡Justo castigo de las humanas matanzas en que se había recreado! No impunemente era «general en jefe de los esqueletos» y el «primer sepulturero del mundo» (3).

Todo esto muestra la idea que en el extranjero se empezaba á tener de la mentalidad del Emperador, de cuyas más leves acciones se enteraba la Europa por conducto de la nube de espías que hormigueaban en la isla y á lo largo de la costa italiana, pagados por Inglaterra ó Austria y principalmente por Mariotti, cónsul de Francia en Liorna, cuyo cargo había restablecido adrede Talleyrand para centralizar en el continente los informes, como Campbell los centralizaba en la isla de Elba. Eran tan numerosos aquellos agentes y de tan diversas procedencias (París, Viena y Londres) que á menudo se vigilaban unos á otros, sospechándose mutuamente espías de Napoleón. Los que operaban en la isla de Elba, se encubrían bajo variados disfraces y pretextos. Militares que venían á ofrecer su espada en cambio de un so-

(1) Tradición local, citada por Pellet, p. 44.—Conviene decir que Paulina no estuvo ni una sola vez en Liorna durante su residencia en Elba.

(2) *Informes de los espías, en el Archivo Nacional de Florencia*, publicados por G. Livi, Milán, 1888.—Ya es sabido que el mameluco Ali siguió á Napoleón á Santa Elena y aún vivía en Sens en 1847.

(3) *Pesadilla de Buonaparte en la isla de Elba ó la Aparición del enano rojo*, París, 1814; *Estampas francesas y alemanas*, colección de la Biblioteca Nacional, 1814-1815; — *Paralelo entre San Luis y Gengiskán*, París, 1814.— Después de la vuelta de la isla de Elba escribía Chateaubriand: «Bonaparte, como Genseric, fué á donde le esperaba el castigo de Dios.»

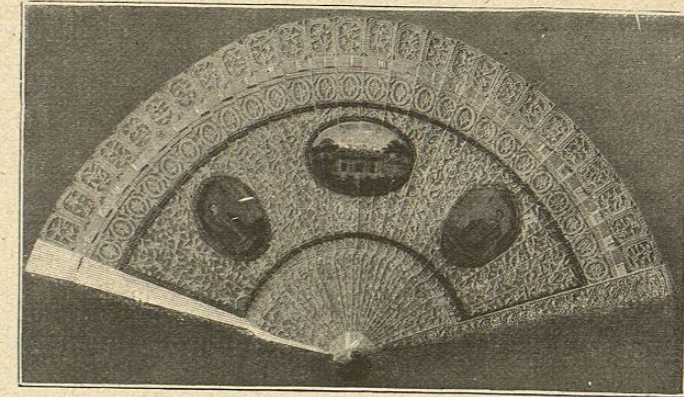
corro; comerciantes, artesanos, mercaderes de manteca, unas veces descubiertos por la policía imperial y expulsados de la isla, y otras, bastante hábiles para encontrar quien les afianzase por admiradores del Emperador y para captarse la confianza del mismísimo Cambronne, que les servía de cicerone. Había espionaje en la misma servidumbre de palacio. Una camarera de Paulina estaba afiliada á la prefectura de policía de París, y más de una Aspasia fraudulenta, amante de oficiales ó de soldados, tenía el encargo de sonsacarles cuanto supieran y transmitirlo sin dilación á Florencia ó á Liorna (1).

Sin embargo, todos estos espías, gentes de ordinario hambroñas y propensas á la mentira, eran sospechosos de inventar ó por lo menos exagerar sus informes,

á fin de cumplir el encargo y justificar las pretensiones á más crecida paga. Cuando la visita de Walewska al Emperador, dijeron que María Luisa había venido á ver á su marido, no obstante tenerlo prohibido, y cuatro meses después volvieron á informar de que la Emperatriz estaba embarazada al marcharse. Esto prueba la escasa confianza que podían inspirar sus informes.

En el caso presente, la voz pública se encargaba de corroborar lo que ellos decían acerca de la perturbación del Emperador.

Multitud de visitantes desembarcaban diariamente en la isla procedentes de Italia, Alemania y aun de Noruega. Llegaban mujeres



Abanico de Paulina Borghese.

(1) MARCHAND, p. 118, 120, 127, 128, 129, 132, 134 y 149.— Los legajos de informes, algunos ilegibles, otros cifrados y otros escritos con tinta simpática, que existían en el Consulado de Francia en Liorna, fueron substraídos en parte por M. Pellet. Entre ellos se encuentra el diario del «Mercader de aceites», que excepto dos lagunas, sigue día por día desde el 30 de Noviembre de 1814 hasta la partida del Emperador. Este agente de Mariotti no demuestra más talento que sus colegas, pues como ellos informa sin ton ni son cuanto se le pone en los puntos de la pluma. Sólo interesa cuando anota los sucesos de que fué testigo en la isla y en los que acabó por ser parte actora.

francesas con sus hijos, y sin parentesco ni amistades ni recursos, al solo objeto de enseñarles al «héroe de héroes». A copia de perseverancia conseguían llegar hasta el Emperador y con conmovedoras súplicas, recababan de él una modesta colocación. Viejas y exaltadas damas, que no podían soportar el destierro «de la gloria de Francia», abandonaban á los sesenta años su familia, su hogar y su ordinaria existencia para afrontar en la isla los acontecimientos.

Pero el mayor número de visitantes eran ingleses, que sentían y aun sienten por su perpetuo adversario una admiración tanto más profunda cuanto que al fin le habían vencido. Unos venían como simples excursionistas, sin ceremonia y con algo de imprudencia. Otros eran personajes importantes, lores, políticos, señoras aristocráticas y medio enamoradas, que solicitaban audiencia con arreglo al protocolo é impetraban el honor de sentarse siquiera una sola vez á la mesa imperial. Los oficiales de la escuadra inglesa del Mediterráneo se ausentaban de sus buques para ir á la isla de Elba, y el almirante hubo de prohibir esas idas y venidas contra ordenanza. El capitán Usher, que había conducido al Emperador en la fragata *Undaunted*, aseguró que tal viaje inmortalizaría el nombre de su buque (1).

El Emperador no se queda corto con ellos en cumplimientos y cortesías. Deciales que «su nación era la más poderosa y magnánima, la que en más aprecio tenía, por considerarla superior aún á la francesa. Ninguna otra estaba en disposición de luchar contra ella. El había sido el más implacable enemigo de Inglaterra, pero ya no lo era. ¿Acaso no estaba en Elba bajo su protección, y casi casi como súbdito inglés? Todas las islas pertenecían por derecho á Inglaterra, y si algún día dejaba la de Elba, sería para retirarse á orillas del Támesis». Cuando el coronel Campbell iba á presentarle en palacio á algún compatriota, el funcionario de servicio exclamaba: «¡Ah!, ¿sois vos, coronel? ¡Cuántas consideraciones os guarda el Emperador, y cómo honra á la nación inglesa!» (2). Entre los marinos de la *Undaunted* distribuyó mil botellas de vino y 4.200 francos de gratificación, y al capitán Usher le regaló una tabaquera de oro con su retrato

(1) PONS DE L'H., p. 149 y 276; MARCHAND, p. 135, 151, 155 y 156; CAMPBELL, p. 59 y 144.

(2) DURAND, p. 204; VINCENT, p. 198; CAMPBELL, p. 15, 73, 93, 136 y 327.

guarnecido de veinte gruesos brillantes, por la que en vano le ofrecieron en seguida 110.000 francos. El día del cumpleaños del rey Jorge III, aceptó la presidencia del baile celebrado á bordo de la fragata *Curaçoa*, cuyos cañones se trasladaron á la cala á fin de que se pudiera bailar en el puente. El capitán Tower dispuso para el Emperador un trono, adornado con las banderas elbense é inglesa entrelazadas (1).

Algunos de estos ingleses abusaban de la consideración que se tenía con todo súbdito británico y se prevalían del permiso de recorrer la isla para levantar planos de la costa, fuertes, carreteras y puntos estratégicos. En este caso se les invitaba á salir de la isla, sin dar mayor importancia al asunto (2).

Todos los forasteros empezaban por someterse á la visita sanitaria y presentarse á Cambonne provistos del pasaporte, en que ponía éste el visto bueno, y luego les daba una cédula de residencia. A la única posada, la de Mlle. Sauvage, se añadió el hotel Bouroux, pero las camas estaban tan contiguas como en un hospital, porque la afluencia de forasteros era copiosísima y el *Inconstant* desembarcaba de una sola vez hasta cien pasajeros, que se hospedaban en donde podían, en los cafetines y restaurantes ó en casas particulares, pues muchas familias realquilaban á precios exorbitantes parte de sus habitaciones (3).

Los visitantes conspicuos iban á las audiencias en un coche de palacio exclusivamente reservado á este servicio. El vulgo esperaba á que saliese el Emperador y aguantaba plantones de cinco ó seis horas alrededor de palacio ó en la carretera de San Martino. Antes de marchar se proveían de recuerdos de la isla, como bustos de Napoleón, columnitas y pisapapeles de mármol procedente de sus canteras, cuyo comercio llegó á ser para los escultores muy lucrativo (4).

(1) CAMPBELL, p. 94 y 99; PEYRUSSE, *Apéndice*, p. 33; DURAND, p. 254; PONS DE L'H., p. 233; VINCENT, p. 203.—El Emperador acostumbraba á regalar tabaqueras, sortijas y relojes. En las cuentas de Peyrusse leemos: «Cuaderno de S. M. (Mayo de 1812 á Abril de 1814): 22 tabaqueras con retrato, de 5.600 á 10.300 frs.; 40 con monograma, de 635 á 4.600 frs.; 28 sortijas y 21 relojes con monograma, de 530 á 4.600 frs.» (PEYRUSSE, *Apéndice*, p. 116.)

(2) MARCHAND, p. 122; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 112.

(3) *Registro de la isla de Elba*, núm. 2; MARCHAND, p. 118 y 129; *Correspondencia imperial*, 21.644; PEYRUSSE (*Apéndice*), p. 66; LABADIE, p. 383.

(4) *Registro de la isla de Elba*, núm. 5; LABADIE, p. 49; MONIER, p. 68; PONS DE L'H., p. 144; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 70.

Muchos forasteros pasaban después á Córcega, para ir en peregrinación á la casa solariega de los Bonaparte y arrancar de sus paredes pedacitos de piedra y ladrillo.

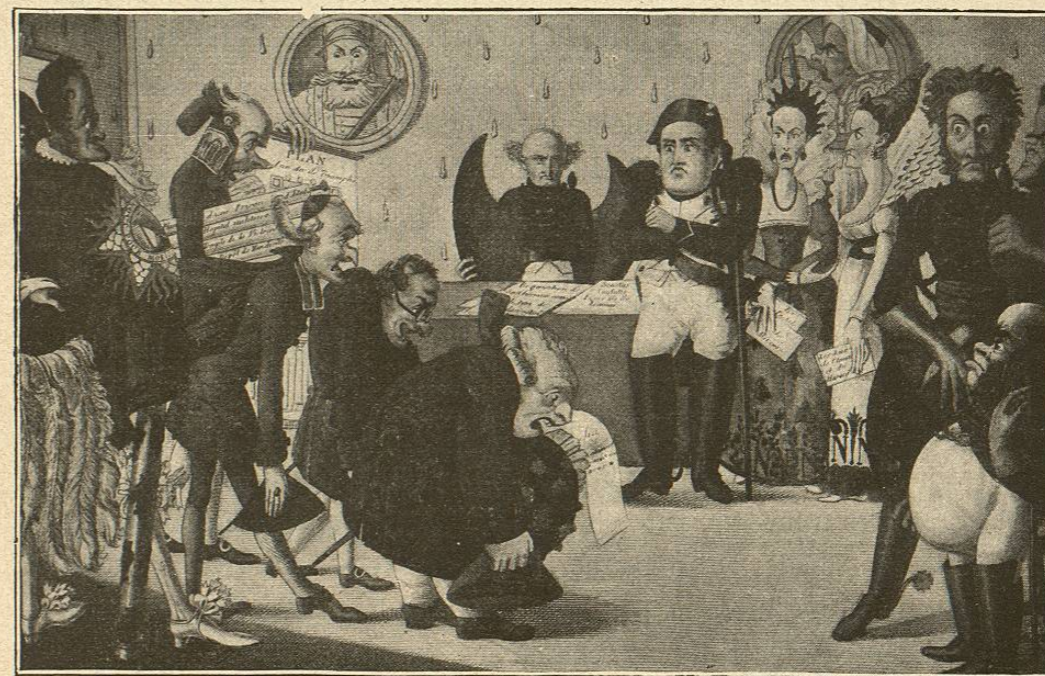
Todos cruzaban el mar anhelosos de ver aquella gloria que había llenado el mundo, aquel caído semidiós al que pensaban hallar en sublime soledad, circundado de refulgente aureola, con la barba apoyada en la mano, los ojos relampagueantes y prorrumpiendo de cuando en cuando en fatídicas palabras. ¿Qué encontraban en vez de esto?... Un hombre bajito, ventruado y rechoncho, con aire de polichinela italiano, la nariz manchurreada de tabaco, dispuesto á comer sobre la arena, en compañía de los pescadores de atún, una olla podrida cuyos olores le despertaban el apetito. Le veían en su ralo jardín de San Martino, atareadísimo en jugar una partida de tejo con algunas burguesas de la isla, mal vestidas, de ingenio romo, cuya aturrulladora cháchara escuchaba. Con ayuda de catalejos, le descubrían los excursionistas persiguiendo las gallinas á través de los viñedos, ó jugando en una pradera con aquellas mismas señoras á las cuatro esquinas, á la gallina ciega, á prendas y otros pueriles entretenimientos. Finalmente, se le había visto en presencia de toda la corte, recoger de la orilla del mar unos cuantos peces dejados allí por las redes, meterlos disimuladamente en el bolsillo de Bertrand y decirle á éste en seguida que le dejara el pañuelo. El mayordomo mayor apartó rápidamente la mano, al tocar el pescado viscoso y sentir la picadura de las aletas. El Emperador soltó la carcajada, mientras que Bertrand, perpetua cabeza de turco de sus bromas, vaciaba el bolsillo, murmurando, y sacudía su uniforme mojado de agua de mar.

Ante estos espectáculos, añadidos á los de las recepciones en aquel «palacio» de biombos y del chambelán tuerto, los lores quedaban estupefactos, los forasteros se reían, y muchos regresaban al continente compadecidos de aquella decadencia peor que la de Fontainebleau, por aquel relajamiento moral del héroe de Austerlitz, que, bajo el peso de la desgracia y del hastío, había descendido á tal extremo (1).

(1) PONS DE L'H., p. 248 y siguientes; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 55; LABORDE, p. 46; MARCHAND, p. 155; *Archivos extranjeros*. (Carta abierta en la oficina de correos de París: «He visto á un inglés que dice que Napoleón no sería peligroso aunque volviese á Francia, porque está demasiado envilecido.») FLEURY DE CHABOULON, p. 106.

Pero también era quien, manteniendo en constante zozobra á las altas esferas oficiales, tenía suspendida sobre su cabeza la espada de Damocles de la deportación lejana. Por más que, ¿á qué tomarse el trabajo de violar los tratados, ni el derecho de gentes, ni afrontar los peligros de la captura, por quien degeneraba en locura y cuya ruina por su propia mano era sólo cuestión de tiempo?

El 1.º de Enero de 1815 hubo recepción en los Molinos, como en otro tiempo en las Tullerías.



Una audiencia del rey de la isla de las minas ó la corte de Napoleón en la isla de Elba.
(Reproducción de un dibujo satírico de la época.)

Si la hora que señala la muerte de un año y el nacimiento de otro, tiene siempre un minuto de turbadora emoción, ¡cuánto más emocionante debió de ser aquella hora para la minúscula corte imperial! Atrás quedaba el primer año de destierro, el año del desastre con sus amontonadas ruinas. Ante todos se abría la incertidumbre de un mañana preñado de tormentas. Estaban á la sazón en Elba. ¿En dónde estarían dentro de un año?

El Emperador, más preocupado que nadie, recibió las felicitaciones de los circunstantes y correspondió á ellas con sonrientes labios